

# Austeridad viril vs. consumismo afeminado: Quevedo ante el final del reinado de Felipe II

Henry Ettinghausen  
Universidad de Southampton

Normalmente suele suponerse que las fuentes de una obra literaria son obras literarias anteriores, o como mínimo textos escritos u orales. Sin embargo, si aceptásemos la idea de que una fuente puede equivaler a cualquier tipo de inspiración, haría falta incluir en el concepto *fuentes* el entorno sociopolítico e ideológico y la experiencia vital de un autor (o autora). Tal es lo que me propongo en el presente trabajo. Desde hace bastante tiempo me ha interesado el momento en que acaba el reinado de Felipe III y empieza el de Felipe IV, y en particular lo que representa ese momento tan crucial en la evolución profesional e ideológica de Quevedo<sup>1</sup>. Hoy, en parte en honor al cuarto centenario de la muerte de Felipe II, quisiera reflexionar sobre la importancia que revistió para Quevedo el cambio iniciado en 1598 por la sucesión de Felipe III, el cual, por cierto, no creo que fuese menos crucial para nuestro autor.

Es conocidísimo el drástico viraje dado por la imagen del gobierno de España al morir el Rey Prudente. Como recientemente ha afirmado Carmen Peraita, «La muerte de Felipe II (1598) marca en la percepción del hombre quinientista el fin de una época»<sup>2</sup>. Felipe II había actuado como el adalid de la Contrarreforma<sup>3</sup>. Sin embargo, ya antes de llegar a su fin, Felipe II se había visto obli-

<sup>1</sup> Véase, por ejemplo, Ettinghausen, 1997.

<sup>2</sup> Peraita, 1997, p. 14.

<sup>3</sup> «Muchos europeos de la época se indignaron ante una política que se proponía conservar la unidad católica del continente pero que al mismo tiempo mantenía el mismo continente bajo el control de España. [...] Felipe II comprometió los intereses materiales de la nación en la defensa de unos ideales religiosos, es decir ideológicos» (Perez, 1980, pp. 20-21).

gado por sucesivas crisis financieras a replegar su política nacionalcontrarreformista que había fracasado espectacularmente con la armada «invencible» y con la incapacidad de la fuerza militar española de contener el turco y de acabar con la rebelión de los holandeses. El final de su reinado y el comienzo del de su hijo se vieron marcados por las treguas y los tratados de paz firmados por España con Francia (1598), Inglaterra (1604) y Holanda (1609).

Resulta evidente que Quevedo se sintió incomodísimo ante esa situación. Poco antes de firmarse la paz con Inglaterra, nuestro autor había compuesto un soneto a Felipe III en el cual, entre otros sentimientos sangrientos, le había asegurado al regio Júpiter de la monarquía española: «Quiere en las venas del inglés tu espada / matar la sed al español sediento»<sup>4</sup>. Una de las primeras declaraciones políticas que nos ha dejado Quevedo —en su breve correspondencia en latín con Justo Lipsio, el veterano fundador del movimiento neoestoico— da claras muestras de su descontento con la situación política, tanto exterior como interior. Contestando a la carta erudita que en setiembre de 1604 le había dirigido el joven Quevedo, el filólogo flamenco había lamentado el hecho de que cuarenta años de guerra en los Países Bajos habían diezrado la flor de la milicia de Europa, y en particular la de España. En su respuesta Quevedo pone el énfasis, no en la posibilidad de ganar la guerra contra los protestantes holandeses, sino en la crisis sufrida por la sociedad española. Si los flamencos son presa de la guerra, los españoles lo son del ocio y de la ignorancia, y carecen de liderazgo político, pues *desunt qui verba faciant, non qui dent* (o sea, «aunque no faltan quienes dan consejos, faltan quienes los lleven a cabo»<sup>5</sup>). A su turno, en la última carta de esta breve pero importante correspondencia, Lipsio concurre con la opinión de su joven corresponsal, adaptando un verso de Horacio para declarar: *India capta, ferum victorem cepit* (es decir, «Conquistadas las Indias, han conquistado también ellas a su fiero vencedor»<sup>6</sup>).

Cinco años después, en *España defendida*, redactada el mismo año en que se firmó la tregua con los rebeldes holandeses, Quevedo reafirma esta misma noción, dando a entender muy a las claras que las inmensas riquezas ganadas por España en las Indias la han empobrecido y corrompido: «pobres, conquistamos riquezas ajenas; ricos, las mismas riquezas nos conquistan» (p. 524a<sup>7</sup>). En efecto, cabe leer *España defendida* en su contexto histórico: el mo-

<sup>4</sup> Véase el soneto «Escondida debajo de tu armada».

<sup>5</sup> Utilizo la traducción de A. Ramírez, 1966, p. 404.

<sup>6</sup> Traducción de A. Ramírez, 1966, p. 414.

<sup>7</sup> Esta cita de Quevedo, al igual que las restantes que se hallarán en el presente trabajo, proviene de Francisco de Quevedo, *Obras completas*, ed. Buendía, I, *Obras en prosa*, Madrid, Aguilar, 1961, p. 524a. En adelante tan sólo cito (entre paréntesis) el número de página de esta edición.

mento en que el gobierno de Felipe III y el Duque de Lerma reconoce su incapacidad para sojuzgar a los holandeses protestantes. Para Quevedo y muchos de sus contemporáneos, dicho momento fue sumamente traumático, pues representaba una contradicción al concepto crucial de la conservación de la monarquía. Precisamente en *España defendida*, Quevedo declara que lamenta el debilitamiento de la noción de la conservación del imperio:

Prolijo fuera y vanaglorioso en querer contar por menudo todas las cosas que nos sucedieron a los españoles gloriosamente en los días que han pasado, sin callar que ha habido hijo suyo que llora estos tiempos y el verla viuda en parte del antiguo valor, y osa decir que la confianza de haberle tenido introduce descuido de conservarle (p. 524a<sup>8</sup>).

Conviene recordar que el título completo del opúsculo es *España defendida y los tiempos de ahora*. Mientras que en los cuatro primeros capítulos se defiende encarnizadamente la reputación de España contra la opinión de sus detractores protestantes, en el quinto Quevedo no puede menos que lanzarse a una crítica feroz de las costumbres de la España de su tiempo<sup>9</sup>. Esta crítica quevediana consiste en la denuncia de la corrupción sociomoral, efecto del poder corruptor del dinero, cuya peor consecuencia es el debilitamiento del vigor nacional que promovió la Reconquista y aseguró la creación y conservación del imperio.

Al igual que otros coetáneos suyos, en particular los arbitristas, Quevedo se nos revela como obsesionado por la idea de que ya ha pasado el apogeo del imperio español. Que lo afirme explícitamente o no, le alucina la noción del eclipse inevitable de los imperios, siendo el ejemplo del imperio romano el que más frecuentemente aflora en sus escritos. La crítica de «los tiempos de ahora» que nos ha dejado en *España defendida* tiene como prólogo un comentario sobre el ocaso del imperio romano en el que se erige en necesidad primordial de la conservación de las monarquías la voluntad de defenderlas permanentemente en términos militares. En el pensamiento político de Quevedo la guerra no es un mal, sino un bien:

Mientras tuvo Roma a quien temer y enemigos, ¡qué diferentes costumbres tuvo! ¡Cómo se ejercitó en las armas! ¡Qué pechos tan valerosos ostentó al mundo! Mas luego que honraron sus deseos perezosos al ocio bestial con nombre de paz santa, ¡qué vicio no se apoderó de ella! ¡Y

<sup>8</sup> Son notables las coincidencias entre estos y otros sentimientos expresados en el capítulo 5 de *España defendida* y en la célebre «Epístola satírica y censoria», escrita como mínimo unos doce años después.

<sup>9</sup> En un estudio reciente de *España defendida* Pablo Jauralde Pou analiza detenidamente el ataque quevediano contra los detractores de España sin detenerse en la ofensiva lanzada por Quevedo contra la España de su tiempo (véase Jauralde, 1997).